

Entre la ausencia y la presencia de las políticas culturales

Por Jorge Luis Marzo

En el actual proceso de *desresponsabilización* de los poderes públicos respecto a las políticas culturales, cabe preguntarse si las actitudes de los artistas frente al problema deben responder a los clásicos parámetros de denuncia y concienciación, o por el contrario, deben operar cada vez más en el ámbito de la directa organización y aplicación de esas políticas ahora inexistentes. Y si así es, cabría cuestionarse también qué tipo de estrategias serían las más operativas para hacer que las cosas lleguen a algún puerto.

La *desresponsabilización* a la que aludimos es una dinámica sostenida de erradicación y erosión de la implicación de los poderes públicos en la consecución de una visión integrada de lo que debe ser la política cultural de un territorio. Ello ha venido de la mano de dos tácticas dependientes la una de la otra: la primera, la cesión de los presupuestos de los departamentos de cultura de gobiernos y ayuntamientos destinados a las artes hacia los museos y las grandes efemérides artísticas de carácter mediático. No hay presupuesto para hacer política cultural, porque ha sido depositado en el museo de arte contemporáneo de turno, creando así la falacia de que es el museo quien debe garantizar la política pública, lo que a todas luces es una paradoja irremontable. La segunda, la progresiva asimilación de la política cultural al fenómeno turístico, en el marco de una interesada lectura "global" del arte contemporáneo. De esta manera, se consolida la falsa certeza de que el poder local no se "infiltra" en el arte, dejando al mercado internacional la gestión supuestamente civil de las tendencias artísticas. Esto es, se legitima a los ojos de los ciudadanos el mercado civil como garante del apoyo público a la producción de base, dado que el turismo es un segmento estratégico de las economías nacionales y locales.

El caso de Barcelona es el todo paradigmático en este sentido. La simple existencia de una oferta cultural en forma de museos se ha vendido como la imagen evidente de un vivo apoyo político a las producciones artísticas de base, cuando la realidad es muy distinta. En la ciudad del Forum 2004, no existen talleres públicos de producción a disposición de los artistas jóvenes; no existen programas serios y rigurosos de becas que sean verdaderamente operativos (más allá de dar un beca de viaje a un artista) y que fomenten la gestación de grupos de trabajo y colectivos de experimentación; no hay legislaciones que permitan una fluida relación entre parte de la industria tecnológica y artistas vinculados a nuevos medios. El ejemplo más elocuente de este desierto (con mucho césped) es el constante desengaño de artistas y estudiantes extranjeros que, atraídos por promesas y quimeras de una auténtica ciudad de las artes, se marchan aburridos sin haber cumplido ninguna de sus expectativas.

Esta es la situación, aunque la camuflen o la enmascaren. ¿Y cuál ha sido la respuesta de los artistas que viven en todas estas comunidades que hemos dado en llamar Barcelona (aunque sería más exacto llamarlo las Barcelonas)? Durante los últimos veinte años, han sido muchas las propuestas de espacios de autogestión que deseaban imprimir nuevos modos y modelos de producción, más allá del hecho -necesario y urgente, desde luego- de exponer. Bajo el constante y pesado yugo de un absoluto paternalismo oficial en relación a la financiación de estos espacios autónomos, algunos pocos han podido mantenerse a duras penas en un contexto político en el que el término “independencia” siempre crea angustia. Por un lado, las críticas a la desaparición de las políticas culturales siempre vienen lastradas por la misma dependencia que la financiación pública conlleva. Por el otro, muchos grupos no han sido capaces de organizar en profundidad un desarrollo pleno de producción colectiva, en el sentido de prefigurar mecanismos combinados de sostén económico o de concebir la producción creativa más allá de la obra de arte. Y todo ello, en parte, por el desdén con el

que muchos creadores observan la misma idea de educación, de participación. Si por algo puede decirse que la desresponsabilización de los poderes públicos sobre las políticas artísticas está llevando a un notorio fracaso sociocultural en nuestro país es por el tratamiento que éstos dan a la educación artística. En un país cegado por la imagen del artista-genio y autodidacta, la educación se concibe más como la chincheta en la llanta que como la rueda de la bicicleta. Y quizás ha sido ahí, en donde se ha generado parte del problema entre todos aquellos colectivos que han intentado modelos “otros” de producción fuera de las líneas oficiales de actuación.

Si queremos coger el toro por los cuernos, no podemos pensar solamente en espacios físicos idóneos, en programas expositivos, en sistemas de distribución o de información o en equipos técnicos, todos ellos indudablemente capitales para formalizar una política cultural real y que responda a las múltiples líneas de fuerza de una ciudad como Barcelona. Hemos de ir más allá: hemos de concebir la educación crítica y artística (desde luego, en términos políticos) como el paso fundamental a dar y que aún no se ha dado. Hemos de concebir la producción artística como parte integrante de un modo, sea cual sea, de comprender críticamente la realidad que nos rodea de manera que sea más difícil que los órdenes oficiales puedan legitimar con tanta facilidad su absoluto desprecio a la hora de atender las verdaderas necesidades culturales de una sociedad viva en su diferencia. Ello no puede llevarse a cabo con simples espacios que prometan exposiciones: deben concebirse como lugares de educación. Así entiendo que los promotores de “Experimentem amb l’art” conciben su estrategia.